

En el catálogo se incluía un florilegio de opiniones sobre el pintor que iban desde el comentario literario, pretexto para una especie de poema: "... la poesía en mezcla de raíces de vida, el canto libre, la emoción pura", hasta la receta de gastronomía: "Muchos hombres aficionados a la pintura como yo la sienten en el paladar como un bocado gustoso".

Digamos, sin embargo, que a nuestro modo de entender la obra de Gutiérrez Valencia no tiene nada de sabrosa ni es "bocado capitoso". Es pintura y no guiso, cuadro que representa cosas por medio de colores y no paella a la valenciana.

El pintor trata de llevar a la tela el paisaje que le rodea y que ama más hondamente por sentido y vivido.

Los campos exhiben en estas telas su aspereza dura. Quien los aprehende para llevarlos al lienzo es un pintor sencillo, ajeno a planteamientos y problematismos trascendentales, que aspira a realizar una obra honesta y sencillamente pintada, con sobriedad, con escasas concesiones al gusto corriente, complaciéndose a sí mismo y llevando a término lo que es coherente con su modo de concebir el arte.

Pintura menesterosa, podríamos decir, por la sobriedad del color y por el desdén hacia lo craso y opulento. Por eso triunfa en los cardos, motivo éste indigente y paupérrimo de color (Sala Libertad).

<https://doi.org/10.29393/At353-354-259RCAR10259>

RAFAEL CUENCA MUÑOZ, BARROCO Y ANDALUZ

Rafael Cuenca Muñoz es un artista español que vive un poco por los caminos del mundo en inquietud constante y tratando de incorporar a su pintura nuevos conceptos, afinando su sensibilidad, evolucionando, en suma.

Es fundamentalmente retratista. Uno de esos retratistas que de acuerdo con cierta terminología antañona podríamos decir *Salonard*. Autor de retratos que gustan, que halagan sutilmente a

quienes se ven en ellos representados. No renuncian del todo esas obras a los valores plásticos.

Ha llovido desde los primeros pasteles, tímidos aún, hasta estas obras de ahora que exhiben una madurez cercana a su total plenitud. Podría decirse de Cuenca Muñoz lo que de ciertos actores de facultades generosas: que trabajan *sobreactuados*. O sea, superando más de lo necesario sus facultades innatas.

Los retratos, en efecto, de este pintor andaluz —mejor todavía, cordobés—, son de un barroquismo monumentalista. Todo en ellos deviene pretexto de un retoricismo pictórico en volutas e hinchamiento cobrizos, en materias preciosas, encajes, terciopelos y superficies joyantes que, con frecuencia, ahogan al tema de la composición.

En los paisajes —viejas casas de Andalucía, muros antañones, plazas con arcadas en donde se celebran *capeas* y festejos populares, monumentos de un pasado lleno de esplendor—, en los paisajes, digo, consigue efectos de mucha poesía pictórica, de gracia y de sensibilidad. Tal vez sea este el camino por el que vaya a la salvación estética (Círculo Español).

EDUARDO MILLAS O DE LA MODESTIA

Eduardo Millas es un pintor que se ha formado —o que se forma— ajeno a todo aprendizaje o docencia. Es eso que llaman un autodidacto o un *peintre de dimanche*. Trabaja Millas en labores burocráticas y en sus ratos de ocio se entrega a emular a Zeuxis o a Apeles.

Es paisajista.

Gusta Eduardo Millas de pedir a la naturaleza su secreto y este secreto —un secreto de belleza— lo pone en el lienzo.

Notamos en esa actividad más pasión que acierto, un ansia de comunión con los espectáculos de la primavera florida o con los atardeceres autumnales y neblinosos.